

Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras... Las inesperadas... Las que glotonamente se esperan, se escuchan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas y recientísimas... Viven en el féretro escondido y en la flor apenas comenzada... Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras.

“La palabra”, *Confieso que he vivido*, Pablo Neruda (Buenos Aires, Losada, 1974)

Vocabulario:

- *Me prosterno*: me inclino, me arrodillo con respeto.
- *Platinados*: cubierto de platino, metal de color plateado muy maleable.
- *Ebúrneas*: de marfil.
- *Ágata*: cuarzo duro y translúcido, con franjas de colores.
- *Estalactita*: roca calcárea en forma de cono invertido que se puede encontrar en los techos de las cavernas por la infiltración del agua.
- *Bruñida*: reluciente, brillante.
- *Transmigrar*: pasar de un país a otro para vivir en él.
- *Torvo*: de mirada fiera y terrible.
- *Frijolitos*: judías.
- *Yelmos*: parte de las antiguas armaduras que protegían la cabeza y la cara.

El nombre del viento de Patrick Rothfuss

(Capítulo 86)

Pese a lo desilusionado que estaba, no pude evitar sonreír. Seguimos paseando en silencio; dejamos atrás la Principalía, Anker's...

—Maestro Elodin...

—¿Sí? —Siguió con la mirada la carrera de una ardilla que cruzó la calle y trepó por un árbol.

—Sigo sin entender lo de los nombres.

—Yo te enseñaré a entender —dijo—. La naturaleza de los nombres no se puede describir; solo se puede experimentar y entender.

—¿Por qué no se puede describir? —pregunté—. Si entiendes una cosa, puedes describirla.

—¿Tú puedes describir todo lo que entiendes? —Me miró de soslayo. —Por supuesto. Elodin señaló calle abajo.

—¿De qué color es la camisa de ese chico?

—Azul.

—¿Qué quiere decir azul? Descríbelo. Reflexioné un momento, pero no encontré la forma de describirlo.

—Entonces, ¿azul es un nombre?

—Es una palabra. Las palabras son pálidas sombras de nombres olvidados. Los nombres tienen poder, y las palabras también. Las palabras pueden hacer prender el fuego en la mente de los hombres. Las palabras pueden arrancarles lágrimas a los corazones más duros. Existen siete palabras que harán que una persona te ame. Existen diez palabras que minarán la más poderosa voluntad de un hombre. Pero una palabra no es más que la representación de un fuego. Un nombre es el fuego en sí.

Estaba muy confuso.

—Sigo sin comprender.

Elodin me puso una mano en el hombro.

—Utilizar palabras para hablar de palabras es como utilizar un lápiz para hacer un dibujo de ese lápiz sobre el mismo lápiz. Imposible. Desconcertante. Frustrante. —Alzó ambas manos por encima de la cabeza, como si tratara de tocar el cielo—. ¡Pero hay otras formas de entender! —gritó riendo como un niño pequeño. Alzó ambos brazos hacia el cielo sin nubes, sin dejar de reír—. ¡Mira! —gritó echando la cabeza hacia atrás—. ¡Azul! ¡Azul! ¡Azul!